

EL ECO DEL BRUCH.

Periódico católico-monárquico de Manresa.

Á LOS HÉROES QUE EN EL DÍA 6 DE JUNIO DE 1808 COMBATIERON EN LAS SIERRAS DEL BRUCH
POR DIOS, POR LA PATRIA Y POR EL REY.

La Redacción.

LA VICTORIA DEL BRUCH.

I.

¡Viva el Rey! ¡Mueran los franceses!

Este es el grito que resuena en la plaza mayor de Manresa, un día del año de gracias 1808, según cuenta, en un sencillo escrito, uno de los mas insignes hijos de esta muy noble y muy leal ciudad, el héroe de aquella jornada memorable, Mauricio Carrió.—¡Viva el Rey! ¡Mueran los franceses! Y enseguida, el papel sellado y las órdenes enviadas desde Barcelona por el general francés, son arrojados á una hoguera encendida al impulso del fuego patriótico que arde en los pechos de los manresanos.

El primer paso está dado. Manresa se ha rebelado. Al instante se forma una junta de resistencia y se manda hacer plegarias en nuestra suntuosa basílica á la que se agolpa el pueblo. En ella, desde el púlpito sagrado, el mínimo Rocabert dirige súplicas al Eterno, y exhorta á combatir por la independencia de la patria. Los intrépidos manresanos que escuchan las ardorosas palabras del ministro del Señor, sienten latir sus corazones fuertemente, se estremecen de coraje y murmuran: antes que consentir el yugo de nuestra nación y el vilipendio de Cataluña..... morir! Si nuestra ciudad ha de sucumbir, sucumba, pero sea Manresa.

antes quemada que francesa!

Continúan las plegarias. Llega el 6 de Junio y el canónigo Montaña que acaba de llegar de Barcelona, notifica que Duhesme ha dado la orden de incendiar la población con todos sus habitantes por el delito que habían cometido, y que Schwartz estaba en Martorell, desde donde avanzaba con altanero orgullo.

¡Ay de tí, Manresa desdichada, que has provocado las iras de los vencedores de las Pirámides! ¡Ay de tí que vas á ser aniquilada, y solo te espera la desolación y la muerte para tus hijos! ¿Te postrarás de rodillas ante los tiranos ó recharás con hierro su hierro?...

Los momentos son preciosos; resuélvese la guerra y se echan á vuelo las campanas que empiezan á tocar á rebato con voz ronca y conmovedora.—Mauricio Carrió coje su trabuco y sale á la plaza.—Le preguntan á dónde vá.—Responde que á hacer la guerra á los señores gabachos (1). Muchos le siguen, casi todos sin armas, municiones y alimentos.

¿A dónde vais manresanos? A luchar: la campana nos llama. ¡Vía fora! Somatent, Somatent!

II.

La oración.

Nuestros padres emprendieron la marcha hacia las montañas de Montserrat, decididos, silenciosos y orando. Porque su fé era inmensa y solo Dios podía conceder la victoria á un puñado de hombres que pretendían resistir un ejército avezado á contar sus victorias por sus batallas. Cruzan veredas, trasponen colinas, serpentean por los valles y así prosiguen su camino, cada vez mas resuelto el ánimo; hasta que al mediodía llegan á casa Masana, distante media hora del Bruch.

(1) Histórico.

Sus cumbres están sombrías, desiertas.... ni un solo habitante se vé por aquellos contornos. Solo por un camino de Esparraguera se distingue una nube de blanco mate que se acerca. Es un ejército que envía un soldado de fortuna, para plantar sus estandartes en aquel monte y en aquellos valles de que quiere ser señor. Nadie le resistirá porque el rumor de su bravura habrá llegado hasta esta comarca, sembrando en ella el terror y la confusión.

La columna de Schwartz adelanta imponente, grave. Se descubre el aleteo de sus banderas, y el sol hiere los cañones de los fusiles, los cascos y las corazas. No encuentran obstáculo, y dentro de poco Manresa habrá espiado el crimen de haberse alzado contra el invasor. Pero ignoran que allí les esperan sus altivos hijos que antes prefieren la muerte que vivir esclavos. Perera comienza á dar órdenes y á repartir la gente. Carrió al divisar el enemigo, prorrumpe en frases que rebosan fuego. «Adelante, dice á los suyos ¿estais preparados?» Responden que sí. «Pues arrodillaos—clama el caudillo catalán—arrodillaos ante el sagrado monte de María y recemos una Salve á nuestra patrona la Virgen de Montserrat; haced un acto de contrición y á ellos (1).»

¡Magnífico cuadro aquel! Los catalanes oran.... los franceses continúan avanzando.... La oración ha concluido.... La batalla empezará porque los que, poco há, inclinaban la cabeza pidiendo ayuda al cielo; ahora, á la vista de los que deshonran con sus pisadas la tierra catalana, se levantan irritados, se revuelven amenazadores y centellean sus ojos y afirman la ya segura planta, esperando el instante en que salgan de opresores á su patria.

III.

¡Victoria!

Un silencio sepulcral reinaba en la montaña. Solo era interrumpido de vez en cuando por los monótonos cantares que entonaban los franceses, para distraerse de sus fatigas. Pero al llegar al Bruch, callan y se detienen para admirar aquellas escabrosidades que han de servir para su tumba. El camino va á trazar una curva y á entrambos lados hay colinas que forman un declive hacia donde está el ejército. Frente de él hay otra curva, y en todas partes matorrales. De ellos salen algunos disparos, y en un momento, en todos los riscos se divisan combatientes contra los que las tropas enemigas disparan una lluvia de balas....

Á lo lejos se oía el tañido de la campana que llamaba al combate, y cuyo sonido llevaba el viento de la independencia á los puntos mas apartados del país....

Á cada gota de sangre que corre, se irritan las huestes invasoras, las cuales no esperaban resistencia; pero los catalanes continúan disparando contra ellas y ¡ay de los que escalan aquellas peñas en las que por un momento se halla encastillada la independencia catalana, que les empujan robustos brazos á los abismos, y caen rodando hacia el fondo, confundidos los unos y los otros, unidos con un estrecho abrazo de muerte. El enemigo forma tres columnas de ataque, y una arremete contra el

(1) Histórico.

frente, otra contra el flanco derecho y otra contra el izquierdo.—¡Viva el emperador! gritan las tres, casi á un tiempo, pero el fuego que salía de la espesura y el eco parecía que iban diciendo: ¡muera, muera!—Lo que impedía la distancia lo salvaba el arrojo; la lucha se trabó hombre á hombre, pugnando por ahogarse, la lucha se trabó cuerpo á cuerpo, la lengua muda, el brazo suelto, la ira en el pecho, la sangre en los ojos....

Las columnas francesas desesperaban de sus esfuerzos. Y la campana seguía tocando, y á su voz iban acudiendo los somatenes de Sampedor, Igualada y otros puntos cercanos, que volaban al socorro de sus hermanos.... Las tropas iban replegándose hacia casa Masana, mientras los bravos del país les iban acosando.... De pronto los ecos de aquellas sierras repiten los redobles de un tambor que daba el toque de carga (1). Los franceses creyeron que venia un ejército regular y disciplinado al socorro de los montañeses, y como no estaban en disposición de sostener un nuevo choque, Schwartz dió la orden de retirada. El clamoreo que se elevó en el campo del intruso al replegarse la vanguardia, es indescriptible. Creían encontrar un pueblo degradado, y tuvieron que reconocer con asombro que en aquellas colinas se daba muestras de denuedo.

Las columnas vivamente acosadas retrocedieron con la mayor confusión, huyendo á Barcelona, dejando la carretera llena de fusiles y mochilas, desamparando los cañones y las armas, de las que se sirvieron nuestros mayores para hostilizarles y con las cuales les acompañaron hasta Martorell donde vino la noche, «por manera—dice Mauricio Carrió—que á durar cuatro horas mas el día, no me cabe la menor duda que les habríamos acompañado hasta á Barcelona; se entiende á los que habian quedado vivos.» ¡Qué sencillez y valentía!

El talisman quedaba roto: aquel enemigo que se creía invencible quedaba destrozado. El sol de Francia acababa de eclipsarse en la cima de un monte catalán, y se inauguraba la serie de derrotas que sufrió Napoleon I y que le llevaron, de etapa en etapa, hasta su roca tarpeya de Waterloo.

IV.

Manresanos, oid!

Este día es de eterna recordación.—Hoy, lunes de Pascua, hace sesenta y dos años que nuestros padres obtenían en las montañas del Bruch, una señalada victoria, y con ella honra y prez para esta noble y leal ciudad de Manresa. Todos marchaban á la una, á todos les animaba un mismo deseo y á todos les movió su ardiente amor á su DIOS, á la PATRIA y al REY. Por esto su ira fué sublime, grande su despertar, heroico su valor y su triunfo portentoso. Ante todo oraron, después pensaron en su patria oprimida y realizaron sus hazañas al grito de ¡Viva el Rey! Acudamos pues al templo, y primero.... oremos, pensemos después, que España está hambrienta de honra, y no olvidemos que gime en el destierro un monarca en cuya frente resplandece la legitimidad y en cuyo estandarte es-

(1) Histórico: era un muchacho que formaba parte de uno de los somatenes.

tán inscritos, con letras de oro, los nombres que forman la augusta trinidad que nuestros padres invocaban en la batalla.

Manresanos: acudamos a nuestro gótico templo y oremos por los héroes del 6 de Junio de 1808. Y si mientras dirigimos nuestras preces al cielo, oímos rumores misteriosos que recorren las bóvedas de nuestra suntuosa basílica.... entendido que son sus sombras que se llegan a nosotros, preguntándonos por los altares que adoraban y que han sido destruidos; llorando las desdichas que agobian a nuestra tierra y diciéndonos donde está nuestro monarca. Su acento es triste y amenazador; nos demandan, porque pueden, donde está su honra y donde está nuestra honra!—¡Padres, debemos responderles: «dormid en paz, que no está lejano el día en que podáis enorgulleceros de nosotros, desde vuestras tumbas. Dormid en paz que vuestra memoria nos amparará, y vuestra bandera será nuestra bandera; dormid en paz, que esto es lo juramos por vuestras cenizas sagradas!»

Recuerdos de la guerra de la Independencia.

Frecuentemente al considerar con detención la multitud de males que a nuestra desdichada patria afligen, al ver el escepticismo triunfante correr y secar con su helado soplo los corazones; la carencia de patriotismo que va desmoronando el edificio de nuestra vieja España y contribuye a darnos una fisonomía que ni es ni puede ser jamás la propia; la indiferencia política que nos obliga a cruzarnos de brazos y a esperar, como el árabe en el desierto, que la tempestad estalle sobre nuestras cabezas, frecuentemente, decimos, en medio de las amarguras de lo presente, volvemos la vista al pasado y nos preguntamos a que idea obedecieron nuestros abuelos cuando, sin recursos de ningún género y contando solo con su valor y con el auxilio del Cielo, realizaron la grandiosa epopeya de la guerra de la Independencia, formando los dorados eslabones de una cadena no interrumpida de hazañas; hazañas que empiezan en las colinas del Bruch en donde el pueblo catalán sintió en sus venas la sangre que en otros tiempos había animado a Pedro el Grande en el Coll de Panissars y a Roger de Lauria en las aguas del Mediterráneo, y que concluyen en San Marcial entre el estampido de los cañones y los ruidos del Leon Español dispuesto ya de su letargo.

La muelle y afeminada generación actual, avezada a los pronunciamientos de cuartel y a las glorias de barricadas, apenas si, comprende la heroicidad de aquellos hombres que peleaban sin descanso horas y horas, y que cuando caían mortalmente heridos, encontraban todavía en sus últimos momentos, fuerzas bastantes para arrojar al rostro del enemigo, las últimas gotas de sangre que les quedaba.

No nos cumple relatar uno por uno los combates de aquellos héroes, ni es un artículo, de la índole del presente, digno de referirlas; terreno es este vedado para nosotros que aquí solo podemos fijarnos en las dos causas principales que animaron al pueblo español de principios de este siglo a combatir con los soldados de Marengo y Jena, con los veteranos del hombre de quien dijo el poeta italiano

Scoppio da Scilla al Tanai
Dall' uno all' altro mar. (1)

A dos sentimientos obedecían principalmente nuestros abuelos; dos sentimientos les guiaron y sostuvieron en la hora del peligro, como las dos columnas de nieve y de fuego que guiaron a los israelitas en su peregrinación por el desierto: el amor a la Patria y la Fé Católica.

El pueblo español conservaba entonces su nacionalidad y con ella el carácter que le dieran los siglos. Prescindiendo de las clases elevadas que dejándose llevar de la general corriente, habían admitido en parte las ideas y costumbres francesas que nos trajo la familia Borbon al sentarse en el trono, nadie nos negará que el pueblo aferrado a sus usos y a su idioma, a sus recuerdos y a sus tradiciones, sentía odio instintivo a todo lo que contribuía a borrar los unos y a deslustrar los otros. Las reformas de Esquilace, los planes y las doctrinas de Aranda y Florida-Blanca, no habían trascendido a las clases populares que al empezar el siglo XIX subsistían en toda su pureza. Por esto al ver invadidos sus campos y sus ciudades por las huestes extranjeras, el español sintió el fuego de la indignación en sus mejillas y sin titubear un momento peleó contra el osado que venía a encadenarle y a saquear los tesoros que guardaban las villas castellanas, a talar los ricos viñedos y las doradas mieses de Andalucía y a destruir las cosechas que a costa de trabajos sin cuento, arranca el labrador catalán a una tierra in-

grata. El pueblo español triunfó en la reñida contienda, porque en él se mantenía vivo el sentimiento de la nacionalidad, que es a las naciones lo que el sol a las flores; sin él perecen y se agostan.

La Religión inspiró igualmente a los héroes de la Independencia. La Religión católica era el blason mas preciado de nuestra patria que desde muy antiguo había crecido a la sombra de la Cruz y defendiéndola había conquistado sus mas puras glorias. La Fé Católica nos había hecho grandes en los primeros siglos de la Edad-Media, cuando los concilios de Toledo y los escritos de Isidoro y Leandro habían destruido la barbarie de nuestro suelo; la Fé Católica nos sostuvo en la lucha contra los moros y cuando el águila de Austria cojió con sus garras el cetro de Castilla, cuando el nombre español llenó la Europa y fué la admiración y el terror de propios y extraños, el catolicismo nos hizo grandes y escudados con su santa bandera combatimos en Lepanto y civilizamos al Nuevo Mundo.

Los franceses hijos de la diosa Razon venían para borrar nuestros altares y con sus desatentadas máximas insultar nuestras creencias. La España resistió y por lo mismo que defendía la Religión dió armas a los débiles. El día en que los franceses vieron a las mujeres de Zaragoza y de Girona en las brechas de las murallas o al pie de los cañones, pudieron convencerse de la inutilidad de sus esfuerzos para conquistar nuestra patria. Se vence fácilmente a un puñado de hombres; pero es imposible subyugar a un pueblo que para mantener su independencia convierte a sus hijas en heroínas.

Oh quién nos diera el entusiasmo de nuestros antepasados, de aquellos humildes payeses que trocando el arado por el fusil volaron a la lucha, seguros de perecer en ella, pero ganosos de morir con honra! Dios, no obstante les dió la victoria e hizo brotar laureles de los lugares en donde ellos creían hallar solo una honrada tumba.

Al ver frente a frente las huestes francesas, disciplinadas y curtidas en las peleas, y las guerrillas catalanas, bisonas y débiles era imposible dudar de que lado estaría la preza del combate; y con todo los débiles triunfaron y los fuertes fueron abatidos tal vez porque aquellos luchaban por su rey y por su religión, y estos, a las órdenes de un déspota intruso, solo luchaban por la gloria.

En los tiempos que alcanzamos, cuando el cinismo revolucionario y las menguadas ambiciones de nuestros gobernantes van marchitando poco a poco la preciosa corona de nuestras tradiciones, apenas si se escuchan las palabras de Religión y Rey que enardecieron a nuestros abuelos y hasta quizás parezca extraño, en medio de los peligros y de los odios que envuelven con su atmósfera envenenada a nuestra pobre España, recordar que los héroes de la Independencia se levantaron como un solo hombre para marchar contra el extranjero. Quizás tambien mientras al recuerdo de lo que fuimos levantemos la frente con orgullo, la vergüenza por lo que somos nos obligue de nuevo a bajarla abatida. ¡Ay! así y todo no podemos dejar hoy, aniversario del seis de Junio de mil ochocientos ocho, de consagrar un instante a los que en aquel día, dieron su vida en el Bruch por la mas santa de las causas, siquiera temamos que aquellos héroes se levanten del polvo glorioso en que yacen para pedirnos cuenta de nuestra patria para pedirnos que es lo que han hecho nuestros partidos políticos y nuestras miserables pasiones de la tierra cuya integridad defendieron.

Manresa celebra hoy una fiesta de familia honrando la memoria de los que tomaron parte en aquella gigantesca lucha. Cuando la campana del somatén resonó por los espacios, los manresanos, el arma al hombro y la fé en el corazon descendieron los primeros al campo de batalla y los primeros combatieron con denuevo. Las gloriosas sombras de nuestros antepasados nos piden hoy oraciones y lágrimas, no se las neguemos y con religioso respeto pronunciemos hoy su nombre.

Los cerros del Bruch están cercanos a nuestra ciudad: desde la torre de nuestra catedral, que quizás en día no lejano desaparezca derribada por los ateos y demoleedores que nada respetan, se distingue el campo de la batalla; desde allí, ya que otra cosa no nos es permitido, saludemos la célebre colina jurando, como nuestros antepasados, odio eterno al extranjero que quería alzarse nuestro dominador y prorrumpiendo, como ellos, en el santo grito de ¡Viva la Religión! ¡Viva el Rey! ¡Viva la Patria!

EL VETERANO DEL BRUCH.

Sentaos aquí hijitos míos, nietecitos de mi alma, sentaos aquí; tú Antonio a mi lado; vosotros

tres mas cerca.... así; y tú Pedro trae aquella carabina que cuelga de aquella pared. Hoy es el 62 aniversario de la batalla del Bruch y voy a contaros el glorioso abolengo de esas cicatrices que veis en mi cuerpo; aquella cruzada que costó tantos soldados al general No importa y la que le valió los dictados del mas valiente y entendido guerrillero de la tierra.

Yo no había oído hablar de franceses en mi vida, ni sabía existieran tales bribones en el mundo. Un día me dijo mi padre «Nuevos moros han penetrado en España y han puesto sobre sus frentes la corona de nuestro Monarca: atropellan nuestras mugeres, tiranizan nuestros hermanos, arrasan nuestros conventos y reducen a polvo nuestros altares. Tú, hijo mío, que eres joven, que perteneces al Dios de los cristianos y al Rey de los españoles y amas a tus padres, toma ese cachillo y vete a segar las cervizas de esos malditos gabachos.» Y mi madre, vuestra abuelita (en gloria sea) que escuchaba temblorosa el patriótico sermón de mi padre: «bárbaro, le dijo, ¿quieres que maten a tu hijo? Mi hijo no ha sido criado para matar a nadie. Los hombres todo lo quieren pasar a degüello, mi hijo no saldrá de casa..... y no me permito salir.

Un día.... ¿veis esas tierras? aparecieron todas cubiertas de franceses. ¡Qué gente tan fea, hijitos míos! ¡Si los hubierais visto, como yo los vi! Parecían espesos vuelos de grajos posados sobre las lomas y breñas de esas montañas segun lo negro de sus rostros y la confusa algarazara, que con su charla graznadora levantaban.

Erase una noche de estío; y brillaban en el cielo las estrellas, como en la tierra las bayonetas y las puntas de los fusiles de los soldados del Rhin; cuando penetraron estos en número de nueve o diez en esta modesta casita. Pidieron de comer en un lenguaje y con unos modos que no pudimos entenderles, saquearon nuestros armarios, robáronnos todo el dinero, durmieron sobre nuestras camas y en medio de su embriaguez—¡infames!—empezaron a proferir impúdicas palabras que mi madre rechazó con valentía. Al verse aquella soldadesca vencedora en las Pirámides y en Marengo, en Jena y Austerlitz; vencida por mi buena y cristiana madre, la dieron de bofetadas y puntadas.... ¿qué haríais hijitos míos, si vierais así tratado a vuestro abuelo?—Vengamos vuestra afrenta ó moriríamos.—Bravo, descendientes de Pedro el del Bruch. Lo mismo hice yo, hijitos míos. ¡Vive Dios! cogí una arma de las mismas que ellos habían traído, empecé a culatazos contra aquellos viles descastados, acerbillé su cuerpo a bayonetazos, maté.... no sé cuantos.... los que pude; arrojé sus cadáveres al pozo, abracé a mis padres, salté las tapias de mi casa y marché.... marché.... no sé, ni recuerdo a donde.... a buscar un fusil, a buscar gente cristiana y española para arrojar de mi hogar y de mi patria a nuestros enemigos los franceses. Tenía ya andadas dos ó tres leguas, cuando resonaron a mis oídos milares y milares de voces que gritaban ¡viva la Religión! ¡viva el Rey! Esos son de los míos, dije para mí, a esos busco, y les contesté entusiasmado tambien ¡viva la Religión! ¡viva el Rey! Penetré en aquel campamento desorganizado y confundido entre aquellas turbas que ansiaban morir por su Dios y por su Rey. Allí, si, que había unidad de entusiasmo, hijitos míos: allí éramos todos catalanes, todos realistas; ni había generales, ni oficiales, ni nada: todos eran soldados y todos gritaban «¿Dónde están los franceses, dónde están los franceses? Vamos a encontrar los franceses.» Yo sé donde están, les dije; ya les encontraremos; lo que importa es organizarnos un poco: y yo os aseguro que las sierras del Bruch serán el cementerio del ejército de Pepe Botella. Todos me rodearon y me aclamaron por su jefe, diéronme un sable y esa carabina que está ahí y que es la mejor prenda que hay en casa; les organizé como Dios me dió a entender y fuimos al encuentro de nuestros enemigos. Partimos como un rayo hacia la parte, donde por la noche antes había dejado a los viles apaleadores de mi madre, y al verles ¡oh! yo no podía contenerme ni a mí, ni a los que capitaneaba; los pueblos contiguos tocaban a rebato, los campos se llenaron en un momento de gente que abandonaba sus respectivos hogares y todos gritaban: «¡Muyran los gabachos! ¡Viva la Religión! ¡Viva el Rey!» Y ese grito fuerte, continuo, entusiasmador atronaba el aire, embargaba los ánimos, enardecía los corazones, y a su eco hasta esos mismos picos y esas escarpadas sierras parecían moverse amenazando sepultar con un sacudimiento a la extranjera canalla. «Paisanos, torné a decirles, no todo el tiempo debe pasarse en gritos; es hora ya de que desayunemos con algunos confites a esos cobardes franchutes. Con que, cada uno a su puesto, apuntar bien y que no se pierda un tiro.» Paisano, me decían los recién llegados labriegos, por Dios dadnos un fusil, un cuchillo, cualquiera cosa, que sirva para matar esa gente. «El que no pueda batirse con escopeta, les contesté, que se bata a pedradas.» ¡Ira de Dios! empezó el combate y empezó la mas atroz carnicería. ¡Aquello era matar franceses! ¡y que modo de tumbarlos por esas cimas! me daban lástima verles morir de aquella manera. Ellos tenían bayonetas y cañones, miles de soldados y generales; y nosotros sin bayonetas ni cañones sin generales ni miles de hombres,—les vencimos; porque teníanos eso, hijitos míos, (el anciano se pone la mano sobre el corazon) y eso nos daba alas para embestirles; y eso nos hacía adivinar los puntos mas estratégicos para defendernos; y eso al fin y al cabo nos dió la victoria. Concluida la batalla, cantamos un Te-Deum al Dios de los Ejércitos; y arrodillados y vueltos nuestros rostros hacia las montañas de Montserrat, rezamos a la Virgen una Salve y un Padre-nuestro por las almas de nuestros amigos y enemigos muertos en el combate.

Después.... bajé a mi casa y la encontré des-

truida.... mis padres y un hermanito que tenía vilmente asesinados, sus cuerpos mutilados y yo sintiendo que iban a faltarme las fuerzas, me senté en esa misma piedra en que estoy sentado ahora. En ella lloré la muerte de los seres mas queridos que en la tierra para mí existían; desde ella cada año cuento a mis hijos y nietos esta historia, y desde ella vigilo cada día aun las crestas de esas gigantescas montañas para ver si vuelven a aparecer los franceses.

En 6 de Junio de 1808 lloraba aquí mismo como un niño las desgracias de mi familia y de mi patria; y en 6 de Junio de 1870 lloro aquí mismo tambien las desgracias de mi Rey y de mi país. —¿Y dónde está el Rey ahora, abuelo?—Esperad, hijos. El Rey en 1808 estaba en Francia y dije yo a mis camaradas: «El Rey está en Francia, vamos allá a buscar a nuestro Rey.» Y partimos: sufrimos mil veces y tuvimos muchos choques contra las tropas de Napoleon: molestamos durante mucho tiempo a los sitiadores de Girona y logramos introducir en ella municiones y víveres para defensa y sustentamiento de los heroicos sitiados. No pudimos llegar a Francia; pero logramos viniere el Rey; y entonces.... cada uno de nosotros se volvió a su casa porque estaba defendido y asegurado el altar y salvados la Patria y el Rey. —¿Y dónde está nuestro Rey ahora, abuelo?—Vosotros, hijos míos, ni tenéis Dios, ni Rey, ni patria: todo os lo han robado esos franceses de nuevo cuño que se dicen liberales. Ellos han borrado a Dios de nuestra monarquía, han derribado sus templos, robado los bienes de la Iglesia y asesinado los frailes; que es lo mismo que hacían los franceses en 1808; ellos han vendido y perdido nuestras islas y nuestros vireynatos de las Américas: ellos han vendido la España a ese francés que sino se llama Pepe Botella, se dice Cain y homicida; ellos han desterrado vuestro soberano y vuestro Rey y le han cerrado las puertas de su patria. Vuestro Rey es el que defiende lo que yo defendí en 1808; el que defiende al Dios de los cristianos y a la España de los españoles, no la España de los liberales, de los perjurios, de los francmasones y afrancesados. Ese es vuestro Rey: ese es mi soberano. —¿Dónde está ese Rey, abuelo, dónde está?—Ese Rey está en Vevey y se llama Carlos VII.—Viva nuestro Rey D. Carlos VII.—Allí está el Rey, hijitos míos, id a buscarle y que venga antes de marcharme yo de ese mundo. ¡Vive Dios! que si yo tuviera la agilidad de mis primeros años, la primera partida que se levantara en España al grito de Dios, patria y Rey, sería la del

VETERANO DEL BRUCH.

FANTASÍA.

1808.

Napoleon I.—Yo sujetaré a mis plantas, al universo. Las naciones ya se han doblegado, casi todas, bajo el peso de mi grandeza; mas cumplo a mi destino, el encadenar el leon español que triunfó en Pavia y San Quintin. Mi estrella me llama a ese país donde cada hombre es un rey: yo les ataré a todos a mi carro triunfal y con ello seré rey de reyes y esa nación será mi esclava. ¡Qué magnificas son las escenas de mi gloria!... Austerlitz, Marengo, Jena.... las Pirámides...! Pero me falta España, la altiva España que venceré con mi poderoso aliento y que caerá, cual tímida paloma, ante mis huestes. ¡Cuán hermosa es esa tierra! ¡Cuán bello su cielo azul!.....

España (airada!).—Mis hijos, los mis hijos bravos, el extranjero llama a mis puertas, demandando cien derrotas. Decidle que hubo un Roncesvalles y que cada palmo de tierra española sirve de sepulcro a un gallo; recordadle los nombres de Pelayo, de San Fernando, del Cid, de Isabel la Católica, de Carlos I, del gran Felipe y de Fernando VI; y si estas sombras venerandas no bastan a detenerle, haced memoria al incrédulo intruso, de que en este suelo se adora a la Virgen del Pilar, de Atocha y de los Desamparados; a Nuestra Señora de Covadonga y de Montserrat.

Mis hijos, los mis hijos bravos. ¡Viva la Religión! ¡Viva el Rey!

El hijo de la patria.—Mi madre me llama, porque el extranjero quiere registrar sus entrañas, con mano alevé. Madre, aquí me tienes. ¡Viva la Religión! ¡Viva el Rey!

Napoleon I.—Mis aguerridos veteranos cruzan el Pirineo que se estrema al crujir de mis cañones. Voy a conseguir mi último triunfo; solo me resta conquistar una corona. Águilas vencedoras, volad a España y desgarrad el leon de Castilla.

España (airada!).—Hijos de Leon, de Navarra y de Castilla, de Cataluña, de Aragon y de Valencia; hijos de los Alfonsos, de los Sanchos, de los Pedros, de los Jaimes y de los Berengueres; poned el oído atento, pues la traición está entre vosotros y os rodean hombres que no entienden vuestra habla. Preguntadles qué es lo que buscan entre vosotros, no les deis punto de reposo, porque han penetrado en

(1) Manzoni: «A la muerte de Napoleon.»

vuestros hogares y quieren dominaros... traen hierro opresor!! ¡Guerra, guerra, guerra!
El hijo de la patria.—¿Yo esclavo de la Francia? ¡Jamás! No quiero franceses, no quiero tiranos: ¡Viva la Religión! ¡Viva el Rey!—
 ¡Guerra, guerra, guerra! Ya voy, ya voy, madre mía. Por escudo tendré mi valor.

El genio de la victoria.—Pueblo español, vé, apresúrate y combate, que te espera el triunfo y te exigen nuevas hazañas, tus tradiciones. Renueva tus proezas. Tú eres tan grande como pueblo, como el coloso del orbe, lo es como hombre!

El hijo de la patria.—Vivir en cadenas
 Que triste vivir,
 Morir por la patria
 Que bello morir!

* * *

Terrible será la lucha, terrible su éxito, porque la victoria acostumbra sonreír a los guerreros del Emperador. Pero ¿qué importa?—Vencer o morir!...

Pueblan el aire los toques de la campana y el ronco cuerno de los montañeses retumba con sordo rumor por las quebraduras de las montañas... El padre llama al hijo, el hijo al padre; nadie llora y todos rujen de ira y acuden a la lid para destruir al invasor o encontrar en el campo del deber y del honor gloriosa sepultura. La campana sigue llamando a los valientes; todos acuden... Ya empieza el combate... Ya de los riscos de Montserrat, de la montaña sagrada, se desprenden peñas y rocas que arrastran al francés a los abismos, mientras este dá, al viento, voces dolorosas... Nadie se divisa... parece que el monte santo se ha rebelado contra el invasor... y entre tanto el eco se estremera de júbilo cada vez que una bala catalana parte un corazón francés... ¡Viva la Religión! ¡Viva el Rey! y aparecen combatientes catalanes que saltan de roca en roca para poder luchar, a brazo partido con sus enemigos... Apenas se percibe el ronco estertor de la agonía de los desdichados soldados de la Francia... Ya se retiran... ¡Guerra a ellos...! ¡Victoria, victoria!—El suelo catalán se ha levantado contra el gigante del siglo, y le ha vencido.—Bendita seas, Virgen de las montañas; Dios te salve, Nuestra Señora de Montserrat.

Pasan días y días... y las águilas van posándose con pavoroso vuelo sobre los campos y ciudades hispanas; pero el hijo de la patria, espera, en los campos, al galo, a quien ataca y a quien derrota; al galo que en Bailen sucumbe y cae vencido en San Marcial.—El extranjero vomita la muerte contra las ciudades hispanas, porque los pechos que abriga solo rebosan valor... El hambre y la peste le ayudan, mil y mil bombas cruzan el aire y estallan, sembrando el horror. Pero el español no tiembla... se agita... espera el ataque... lo rechaza... acomete... devuelve al enemigo su propio hierro... El francés triunfa cuando no queda memoria de los muros y cuando en su recinto se ha extinguido la vida.—¡Gloria a la inmortal Gerona!... ¡Lloro a la siempre heroica Zaragoza! Al penetrar en ellas el sitiador le ofrecieron, silenciosas, los cadáveres de sus hijos.

Pasan días y días... y a cada momento se oye el estruendo de la guerra... el rumor va menguando... acrece... y corre la sangre; mil bocas vomitan la muerte... después resuenan gritos de júbilo y de victoria... Guerra, guerra, guerra... El león ha clavado sus garras en el águila, la cual hace esfuerzos supremos y se revuelve angustiada y desesperada; pero tiene que volar hacia los Pirineos, mientras de ella brota vergüenza y manan gotas de sangre.—Ya está en Francia. ¡Viva la Religión! ¡Viva el Rey!...

La campana todavía toca; pero antes provocaba al combate y ahora llama al templo, al hijo de la patria, para que ore a Dios por haber salvado la independencia española.

* * *

El genio de la victoria.—Pueblo mío; tus esfuerzos han sido heroicos y yo he hecho descender hasta ti, mi soplo. Tus campos son cementerios y humean tus hogares y son tus ciudades, lugares de ruinas.—Pero respira, que el extranjero llora sus derrotas y el laurel ciñe tu frente.

El hijo de la patria.—Madre, me llamaste y acudí a tu voz; luché y mía es la gloria... Ma-

dre, aquí me tienes... mira cuantas heridas, vé tus banderas destrozadas por las balas.
España.—Querían hacerme esclava, pero con tus brazos ahogaste a mis verdugos.—Mi hijo, mi hijo vencedor, restaña tus heridas y reposa en mi amoroso seno.

Napoleon (en Santa Elena).—Quise dominar la España, pero fué inmenso mi orgullo, profundo mi error.—Pitt tenía razón; España se encargó de resistirme y fui vencido... ¡Qué dedas son estas neblías!... Portentosas son las escenas de mi gloria... Austerlitz, Marengo, Jena... las Pirámides... pero a mi memoria asaltan los recuerdos del Bruch, de San Marcial y de Bailen, de Gerona y de Zaragoza... allí encontré mi espionaje: Dios es grande... Cuán bello era aquel cielo... Que espesa es la bruma que me rodea... Santa Elena... Santa Elena.....

ALS HÉROES DEL BRUCH.

EN L' ANIVERSARI DE SES PROESES.

Valents del Bruch, uissaga atlética y potente,
 Qu' al Aliga arrancareu, avuy fá anys, lo llor
 Cenyintia en vostra testa del amor patri ardent
 Donant a Catalunya prehuades palmes d' or;

Los qui la mort de gloria, que may mes n' es marcida,
 Pels enderrochs trobareu, com sol lo brau soldat,
 Tenint, per tomba immensa, montanya benehida,
 Per creus les que s' aixecan pels pichs de Montserrat;

Los qui splendentes nafres allà n' hi conquerireu,
 Y' ls qui, pen ferm, llancaren a l' host gabatxa lluny
 Alcauvs y aplegueuvs vivents y' ls que finireu
 Veniu tots y que torni un dia sis de Juny!

De terres no llunyanes vé mala ponentada
 Que pesta malhèda per tot va trameten,
 La Catalana terra n' está ja empogegada
 Valents del Bruch, alcauvs, toquen a somaten.

Quiscun la dalla prenga y lo coltell empunyia
 Y en lo trabuch no restia lo foch y l' espetech
 Que per xargalls y timbes lo roch fexuch retrunyia
 Que 'l crit de Deu y Patria la vostra gola ofeg'

Cap a llevant guaytavan lo jorn de tantes promeses
 Lo cor de Espanya noble del vil gabatx servant!
 Alerta avuy d' hont venen! poseu guaytes enteses,
 Que sols les penyes santes jòh prous! vos aydarán!

La gent de nostra terra ja tota s' es corcada
 Y aquella barretina que duyen ab ergull
 Ja no l' estila l' poble; pel fang arrossegada!
 La sang de vostres venes en lo seu cor no hi vull!

Fills bords de Catalunya demanen lleys estranyes
 Y com los xais los menan posanloschi 'l degal
 Atrebassan creenses del fons de llurs entranyes
 ¡Del Rey ne fan escarni!; ¡ja Deu gosán nega'!!!

¡Fellons!... Veniu, guaytèulos, del cim d' eixes rocaes,
 Avans que l' hora soni per enjega 'l trabuch
 Veniu tots a conèixer llurs cares deshonrades
 Llurs trets envilitos ¡oh héroes del Bruch!

Aquells qu' al devant venen, maynada comanantue
 Trahiren sa Regina furtantli tropa y naus
 Y 'l ceptre que robaren, van ab pidòl cercantue
 Un estranger que 'l vulla, per fernos sos esclaus!

Mes enllanet mireune uns cara tot verdosa
 Del vri que son pit cova cridant «visca 'l progrés»
 Per lla hont posan la petja, sa bava emmatzinosa
 Com passa de llagosta ho dexa tot malmés.

Y 'ls temples s' enderrocán y 'ls monuments s' estimvan
 Y ploran les esposas sagrades al Senyor
 Cavals, qu' eran del pobre tambe 's ven com se minvan
 Y 's fon entre ses urpes d' Espanya lo Tresor.

—Derrera barretines!; ¡Son vell color virola!—
 ¡Malhaja qui axó crega y mes qui les confon!
 Esturba assedegada que a fer carnatge vola
 L' encés capell de Frigia crema 'l catalá front.

Aquells qu' han retallada la vella barretina
 Y que correns s' atañcan als del progrés punxant
 Son gent de mala entranya ó gent que poch atina;
 Valgans Deu y la Verge si passan endevant.

Allá per la vorera y entre la fosca aubaga
 Estol de vergonyosos apar que va venint
 D' ell vé tot nostre mal, perço 'l pervers s' amaga
 En son esment hipocrit, desgraciats tot teixint.

Un jorn veje la Patria ses gestes sangonentes
 Per axecar un Soli, que no era de bon lany
 Y viu com entelaren les pedres tan lluentes
 De la reyal corona, fentnos a tots gren dany.

Y are, altra vegada, voldria host famolenca
 Posar lo qu' enviliren, porque era mal posat!
 Primer ans de permétren... ¡oh Deu del cel! ¡arrenca
 Lo cor als catalans! esfoncea 'l Montserrat!

Valents del Bruch, Via fora, que la campana sona
 Se sent ja la cridoria d' aqueix poble envilit
 Apunt tingene l' eyna, desperta sia la escona
 De Deu y Rey y Patria ressona al aire 'l crit.

Y per terra rebotin les testes qu' agozinen!
 Y 'l qui nafra ne porte, qu' umplene a clams l' espay!
 Cop ferm y cap temença l' inimich terrorizen
 A foch y sang tot entre, metent per tot l' esglay!

Que no son fills de casa los qu' aci baix se venen,
 Son de gabatxa rassa de mes ó de menys lluny
 Ni en Deu ni en Rey, ni en Patria, cap d' ells, are no hi
 ¡Alerta per quant sia un altre sis de Juny! (crehuen)

A LOS HÉROES DEL BRUCH.

Sombras augustas, venerandas sombras
 que en alas de neblina misteriosa
 la cumbre coronais del monte santo:
 salve, salve!—La Patria generosa
 un himno entona a sus invictos héroes...
 augustas sombras, recibid su canto.

El águila rapaz sus negras alas,
 cual el dolor sombrías,
 tendió y cubrió del sol las bellas galas
 y en noche convirtieron los días.

Pobre España! La imagen de tus glorias
 que vistiera el pendon de cien batallas
 y ciñera el laurel de cien victorias,
 desapareció cual nubecilla hermosa,
 iris de paz, al soplo de los vientos
 envuelta en la tormenta procelosa!
 Gemidos y lamentos,
 ayes doquier! turbion embravecido,
 torrente asolador de sangre y fuego
 cruza sus campos; el feroz bramido
 de guerra y de destrucción suena y retumba,
 y al rojo resplandor de las hogueras,
 que el horizonte tenebroso rasgan,
 centellean las huestes extranjeras.

Pobre España! Tú siempre vencedora,
 cómo hoy vencida? y en tu propio suelo
 esclava te verás, siendo señora?
 Llorando huyen tus hijos,
 llorando van su duelo!

Desde la cima de elevado monte
 en la llanura fijos
 ¡ay! sus ojos, en lágrimas bañados,
 talan miran las mieses,
 perdidos los ganados,
 hogueras las aldeas,
 escombros las ciudades.

Doncellitas llorad ¿quién canta amores?
 Ancianos ¿dónde están vuestros hogares?
 ¿qué fueron, niño hermoso, de tus flores?
 ¿dónde hallar, sacerdote, tus altares?

Negras nubes descendien apiñadas...
 el aire ahoga... las pesadas alas
 del águila imperial bajan tendidas...
 diez millones de frentes inclinadas
 esperan su contacto estremecidas...
 el sello infame vá a grabar su llaga...

guarda, español! hijo del Cid, tu nombre bravo
 no sufre la manilla que le amaga!
 ¡Naciste libre!... ¿morirás esclavo?
 «No, nunca, nunca!» el catalán responde
 «mi Patria es mi ventura,

maldito sea el que cobarde esconde
 el pecho innoble! Catalanes, guerra!»
 «Guerra!» y en el Bruch el grito poderoso
 retumba; en Montserrat crugietes ecos
 «¡Guerra!» repiten «Almogavar ¡cierra!
 tierra y a ellos!» El francés medroso
 suspende el paso... con recelo mira...
 «¡Fuego!» y las rocas conmovidas tiemblan
 cual si estallara reventando en ira
 el hirviente volcán «¡Guerra y venganza!»
 y a la batalla el catalán se lanza
 desnudo el pecho, desarmado el brazo
 y de la misma suerte
 que la bala certera
 repercute en el muro y vuelve fiera,
 el arma al enemigo
 arrebatada y esgrime y le dá muerte.

La fé en su Dios, su fuerza es su esperanza,
 combate por la patria, al grito avanza
 de «¡independencia!» y vuelan del tirano
 rasgados los pendones,
 deshechos escuadrones
 beben su sangre en el teñido suelo;
 corona al fin la valerosa hazaña
 y retrocede en su orgulloso vuelo
 herida la Ambición. ¡Victoria! España,
 España libre!... El azulado cielo
 refleja el sol, sus rayos purpurinos

tiñen de luz los montes y los valles
 y al aire entrega el ruiseñor sus trinos.

Las vírgenes ya cantan sus amores,
 el anciano recobra sus hogares,
 el niño vé brotar las gayas flores
 y el sacerdote incienso los altares!

Héroes del Bruch! cual justo monumento
 (que otro es pequeño para nombre tanto)
 conserva Montserrat vuestra memoria
 y cien generaciones con su llanto
 regarán el laurel de vuestra gloria.

A LA GENT DEL ANY VUYT.

(Premiada en los Jochs florals de 1869.)

¡Tots se 'n van!

Adeu, forta nissaga, per esser gran nascuda,
 Per mares alletada que duyan sanch de braus,
 Que un jorn, potent t' alsares per di' a la Europa

(muda)

Que 'ls fills de aquesta terra no saben ser esclaus.
 Adeu, rassa valenta, de sava montanyesa.
 Que 'l cap no doblegares al buf del temporal;
 Y ferma com las penyas que 't davan la bravesa.
 Salvaes de la patria l' antich, noble casal.

Te 'n vas, atlétich poble, que un dia al desper-

(tarte.

Sentint en tas masias l' accent del estranger,
 Y 'l pes de las cadenas lo coll ennuagarte,
 Y dins la llar dels avis un cant tot foraster;
 Veyentne per tas planas senyeras del altra terra.
 Y 'ls teus sembrats xafarne del enemich los peus.
 Y 'l nom paurós ohintne, del home de la guerra
 Volent de una ditada planar los Pirineus;

T' alcares, com s' axeca superba, magestuosa
 Del fons del vall la broma que du la tempestad;
 Y retronant caygueres damunt l' host victoriosa
 Que a son trepitx tenia lo mon esporucat.

Y com la pedregada que esquexa lo brancatje
 Y engruna las espigas y asseca tot l' herbam,
 Del gran estol de França ne feres tal carnatje
 Que l' áliga traydora llença son darrer clam.

Y 'l César que sas vetllas de enveja febrosenca
 Passava, en un gran regne sens filas somiant,
 Vegé son cel de gloria tapar broma negrenca,
 Y 'l cor li gelá la ombra de un' illa del mar gran.

¡Te 'n vas! y fuig per sempre, generació glo-

(riosa!

¡La tomha se us enmena, patricis, de un a un!
 Lo segle, qual naxensa vegereu, aspartosa,
 A tots vos dexa enerra, tocant a ne 'l seu punt.

Quant vé forta desglassa, la pirinenca serra
 De sa mortalla blanca llença 'ls despulls al mar:
 Mes, sobre la alta cima, la neu apar s' aferra
 Y alguna hermosa clapa de lluny se veu brillar.

Axis alguns ne restan, de blanca cabellera,
 De testa encara altiva, ¡si n' eran de bon cer!
 Que, ab veu trencada, contan aquella lluyta fera.
 En la invernada freda, sentats en un rasser.

¡Mey ay! caurá la fulla, vindrán las tramunta-

(nas,

Y tots, viventas glorias, al clot devallareu!
 May mes la santa Patria, las serras catalanas
 Que pam a pam cobrareu, ¡may mes trepitjareu!

Per sobre vostra testa la dalla ja s' arrana,
 Y l' ángel del sepulcre sas alas ja us esten:
 Tal volta en est cap-vespre, vos plori la campana
 Que us feya pendre 'l ferro, tocant a somaten.

¿Per qué moren los héroes! lo net no tindrà l'

(avi,

Y al ascó centenari veurá a la vetlla un buyt;
 Y al net respondrá 'l pare, fgedós movent lo llabi:
 «Fill meu, no la he assolida la guerra del any

(vuyt!...

¡Ja no hi serén vosaltres! Vos cercarém debades,
 Rapsodas de un poema que n'heu dictat los cants...
 ¿Qui, donchs, podrà enardirnos, com feyeu deve-

(gades,

Tot repassant la gesta que sembla de gegants?
 Sols restará la historia. Sa lletra morta 'ns roba...
 Mes nó, que un altre llibre tenim dels ulls;

Vostra petjada encara per tot arreu se troba,
 Y son vall y montanya de vostra historia 'ls fulls.
 Y abans lo Ter y 'l Segre farán una girada,
 Y un dia de tempesta Puigmal s' enfonzará,

Que 'l mur vell no recordi la vostra gran creuhada
 Y 'l crit de! DEU y PATRIA! s' afogui al mont y

(al pla.

De dins vostra fossana, quant tombi la vesprada,
 Nos parlaréu vosaltres, ¡juren no ser may sorts!
 ¡En pau feu la dormida! que terra assahonada
 Ab sanch de bona mena, no pot donar fills borts.

Jamay dexarém perdre de gloria la alta herencia;
 Lo cor nos dirá sempre que som nets de gegants;
 La barretina encara vol dir independència...

¡Dormiu, cendras sagradas, que 'us vetllan ca-

(talsan!!..

JAUME COLLELL.

En el dia 6 de Junio de 1808 se comba-
tía por la Independencia Española en
las sierras del Bruch, al grito
sacroscanto de
DIOS, PATRIA Y REY.

GLORIA Á LA ESPAÑA CATÓLICO-MONÁRQUICA.



En el dia 6 de Junio de 1869 se promulga-
ba solemnemente en esta nacion, una
constitucion ATEA, una consti-
tucion en que se reniega
de nuestras tradiciones venerandas,
una constitucion
para la que no se encuentra una sombra
de monarca.

¡¡POBRE ESPAÑA "CON HONRA"!!



**Espanoles, catalanes, manresanos: Compa-
rad, Meditad y Resolved.**